

## II

### LA OBSERVACIÓN HISTÓRICA

#### I. CARACTERES GENERALES DE LA OBSERVACIÓN HISTÓRICA

Para comenzar coloquémonos resueltamente en el estudio del pasado.

Los caracteres más aparentes de la información histórica entendida en este sentido limitado y usual del término han sido descritos muchas veces. El historiador se halla en la imposibilidad absoluta de comprobar por sí mismo los hechos que estudia. Ningún egiptólogo ha visto a Ramsés. Ningún especialista en las guerras napoleónicas ha oído el cañón de Austerlitz. Por lo tanto, no podemos hablar de las épocas que nos han precedido sino recurriendo a los testimonios. Estamos en la misma situación que un juez de instrucción que trata de reconstruir un crimen al que no ha asistido; en la misma situación del físico que, obligado a quedarse en cama por la gripe, no conoce los resultados de sus experiencias sino por lo que de ellas le informa el mozo del laboratorio. En una palabra, en contraste con el conocimiento del presente, el conocimiento del pasado será necesariamente "indirecto".

Que haya en todas estas observaciones una parte de verdad nadie se atreverá a discutirlo. Exigen, sin embargo, que las maticemos considerablemente.

Supongamos que un jefe de ejército acaba de obtener una victoria. Inmediatamente trata de escribir el relato de ella. Él mismo ha concebido el plan de la batalla. Él la ha dirigido. Gracias a la pequeña extensión del terreno (porque decididos a poner todos los triunfos en nuestro juego, nos imaginamos un encuentro de los tiempos pasados, concentrado en poco espacio) pudo ver cómo se desarrollaba ante sus ojos el combate casi completo. Estamos seguros, sin embargo, de que sobre más de un episodio esencial tendrá que remitirse al informe de sus tenien-

tes. Así, tendrá que conformarse, como narrador, con seguir la misma conducta que observó unas horas antes en la acción. ¿Qué le será más útil, sus propias experiencias, los recuerdos de lo que vio con su catalejo, o los informes que le llevaron al galope sus correos o ayudantes de campo? Un conductor de hombres rara vez considera que su propio testimonio es suficiente. Pero conservando nuestra hipótesis favorable, ¿qué nos queda de esa famosa observación directa, pretendido privilegio del estudio del presente?

Y es que este privilegio en realidad no es casi nunca más que un señuelo, por lo menos en cuanto se amplía un poco el horizonte del observador. Toda información sobre cosas vistas está hecha en buena parte de cosas vistas por otro. Como economista, estudio el movimiento de los cambios este mes, esta semana: tengo que recurrir a estadísticas que otros han formado. Como explorador de la actualidad inmediata trato de sondear la opinión pública sobre los grandes problemas del momento: hago preguntas, anoto, compruebo y enumero las respuestas. ¿Y qué obtengo si no es la imagen que mis interlocutores tienen de lo que creen pensar o de lo que desean presentarme de su pensamiento? Ellos son los sujetos de mi experiencia. Y mientras que un fisiólogo que disecciona un conejillo de Indias percibe con sus propios ojos la lesión o la anomalía que busca, yo no conozco el estado de alma de mis "hombres de la calle" sino por medio de un cuadro que ellos mismos consienten proporcionarme. Porque en el inmenso tejido de los acontecimientos, de los gestos y de las palabras de que está compuesto el destino de un grupo humano, el individuo no percibe jamás sino un pequeño rincón, estrechamente limitado por sus sentidos y por su facultad de atención. Además, el individuo no posee jamás la conciencia inmediata de nada que no sean sus propios estados mentales: todo conocimiento de la humanidad, sea de la naturaleza que fuere, y aplíquese al tiempo que se aplicare, extraerá siempre de los testimonios de otro una gran parte de su sustancia. El investigador del presente no goza en esta cuestión de mayores privilegios que el historiador del pasado.